

COMPARTIENDO LA INJUSTICIA

Algunos alumnos logramos darnos cuenta de lo que se preparaba. Giré mi cabeza y vi que la intranquilidad cundía en los puestos de atrás. Atila, el compañero, que descollaba por ser calificado con la nota más baja de la escala, el miserable 1, estaba tramando algo que no podía ser otra cosa que un desorden. Esta vez estaba azuzado por los tres de siempre, casi tan culpables como él, esos tres que le habían dado mala fama a la clase y que también habían perdido sus nombres de pila por el apodo que físicamente los identificaba: el Guatón Bonilla, Gajardo el rechoncho y la María Gana, la cabra loca del curso. Aunque me encontraba a varios puestos de distancia alcancé a ver a Atila sopesar una bola de papel y un trozo de cáscara de naranja que hacía rato había estado repartiendo certeramente entre las cabezas de sus compañeros, mientras decía:

– ¡Hace tiempo que quería hacerlo!

Hizo un claro amago de lanzarlo hacia adelante quizás hacia algún alumno de la fila delantera o, lo que era una temeridad, al profesor.

– ¡Tonto! ¿Quieres dejar de ser cabro chico? Por tu culpa... – dijo Jaramillo en tono bajo e interrumpió su reprensión al ver en el aire el proyectil lanzado a la cabeza del profesor.

Hasta ese momento la clase había sido monótona. Los alumnos de esas cuatro filas de bancos parecían tener otro punto de concentración, lejano al que el profesor trataba de atraer la atención. Algunos mirábamos al exterior los altos edificios que rodeaban al liceo, contando pisos y ventanas como si fuera la

entretención más obsesiva. Yo meditaba cómo me escaparía de esas alturas en caso de un incendio, si usando el ascensor, la escalera de emergencia o descolgándome con valor de alguna ventana para la admiración de los espectadores de la calle. En la fila de al lado veo la cara de ensoñación del poeta del curso y reflexiono que quizás en ese momento le gustaría escribir *“el narciso con su triste amarillez apenas alumbra*. En otras filas observo a las compañeras, con sus piernas muy juntas, que se alisan cada cierto tiempo el pelo, un poco más lejos a Virgilio que, apartado del mundo real como pingüino desorientado que camina al interior del continente en lugar de hacerlo en dirección al mar, dormita imperturbable en una larga ensoñación. Está claro que los conocimientos que el profesor entrega sólo son absorbidos por unos pocos alumnos con seguridad por los que se sientan en las primeras filas de la sala y que no tienen cómo eludirse de sus miradas. Completaba el cuadro el resto con sus conversaciones bizantinas que sonaban en un cuchicheo que se escuchaba hasta en el último rincón, conscientes que el profesor hacía oídos sordos a ese ruido informe. Era la voz del maestro de un volumen variable según hablara vuelto al pizarrón o a sus alumnos, suave o fuerte como la de un Julio Martínez transmitiendo un partido de fútbol del Estadio Nacional; la monotonía de su hablar rápido de locutor hacía que tuviéramos dificultad en seguirlo. Por conveniencia, cada alumno era un Pitman criollo con la invención de su propio método de taquigrafía con que nuestros bolígrafos llenaban las planas de los cuadernos. Pese a todo nuestro esfuerzo, resultaba tan engorroso que, con seguridad, al término de la clase nos juntáramos para agregar o clarificar determinados ejercicios del taquigráfico manuscrito y dejarlo como un apunte en condiciones de ser leído y vuelto a analizar en los momentos de estudio.

A los que seguíamos la acción nos pareció largo el lapso en que el profesor recibía el golpe de la cáscara de naranja rebotando en su escasa cabellera y rodando a sus pies y al instante de volverse en forma lenta para constatar el atrevimiento y ubicar al culpable. En ese instante se escuchó un ¡hic! colectivo de asombro. Los alumnos que no habían detectado la maniobra miraron hacia el lado de dónde se había levantado esa mano imprudente para saber quién era el osado o la atrevida.

Se nos hizo claro que esa agresión ameritaba una anotación en el libro de clases y una amonestación del inspector general y el director y una llamada al apoderado. La mayoría de nosotros deseamos que el culpable se acusara a sí mismo para que el castigo recayera sólo en él y no en todos nosotros, los páñfilos del curso. Esperábamos que se levantara un brazo y alguien, apuntándose o hablando, dijera que había cometido la falta. Todo el curso sabía que Atila era el hábil practicante de la técnica de tirar proyectiles ya fuera una salivosa goma de mascar, un papel apuñado y en otras como en esta ocasión de tirar un pedazo de cáscara de naranja.

Algunos alumnos de las filas de atrás habíamos visto saltar el pedazo de cáscara de la mano que lo tiró e impactar en la cabeza del profesor que en esos momentos estaba de frente al pizarrón con su ancha espalda vuelta hacia nosotros mientras explicaba cómo resolver ese ejercicio de matemáticas. Su figura, frente a la negra superficie, cubría la parte que un anónimo había grabado en ella el apodo del profesor de inglés, con un objeto duro, quizás un cortaplumas o un clavo, en forma atravesada de tal manera que era imposible eludirlo.

Nos pareció de inmediato grave la falta, más aún porque el certero tiro había dado en plena y brillante cabeza, rebotando en ella y rodar por el piso. Tan de improviso nos sorprendimos de que automáticamente nos pareció digna una risotada general para celebrarlo, tan corta que duró lo que el maestro al volverse a nosotros. Además, esa testa nos pareció que es de las que invita a dar un papirotazo con la palma abierta, sonoro y resbaloso como si se tratara de una estampilla. Gracioso nos pareció al dar de pleno en esa marcada calvicie que acentuaba la largura de su rostro.

– ¿Quién fue? –habló, severo, el profesor, levantando su dedo índice y listo para dirigirlo hacia el culpable, a la vez que se movía calmoso para recoger la cáscara del piso y ponerla sobre su mesa como clara evidencia de la infracción cometida. Con energía empujó el Libro de Clases, que lucía su título con mayúscula, hasta juntarlo con la cáscara. En seguida, lo abrió con la intención preconcebida de estampar el nombre del irrespetuoso. Los alumnos nos habíamos callado en un expectante silencio. Se escucharon esporádicas risas cortadas de plano por la mirada escrutadora del maestro. Risas cristalinas de las niñas y destempladas de los adolescentes. Algunos mirando de frente y otros agachados como avergonzados de parecer alegres ante la gravedad de la falta. De nuevo, recorrió con lentitud sus ojos por la sala.

– ¿Nadie?... – preguntó haciendo una larga y casi esperanzadora pausa—. Entonces, pondré una anotación general al curso –concluyó.

Un murmullo de desaprobación se escuchó en una pubertonía propia de niños de quince años que se acercó al territorio de la mala educación. De ninguna

manera el curso merecía una anotación negativa general que influiría en la apreciación final.

Yo deseaba, sádico, que el culpable no se auto acusara. Que el profesor, que parecía gozar por ser antipático, merecía ese pequeño castigo. Que, además los puritanos del curso alguna vez compartieran, pese a su inocencia, el destino del curso. Para que se hicieran hombres y mujeres que pudieran decir que habían sido culpados por algo que no habían cometido. Que les sirva como experiencia para contar a sus hijos cuando fueran grandes o para no ser tan drásticos en castigarlos por algún desatino que ellos pudieran cometer en el futuro. Era notorio que empezaba a nacer o quizás hacía ya tiempo, una rebeldía en apariencia sin causa, además de una apatía o un aburrimiento frustrante.

El profesor repitió la larga mirada por la sala. Con voz perentoria, mientras recorría con la vista los ojos de los alumnos queriendo encontrar en ellos una huella de culpabilidad, remachó su veredicto al constatar que todos los rostros tenían una mirada impasible.

–Entonces ¡anotación general!

Hubo un movimiento que reflejó el malestar. Todos sabían que una anotación de este tipo sería informada a los apoderados y era de imaginarse las consecuencias que traerían en su hogar. Como norma les harían llegar una citación para asistir al liceo para informarles de la infracción.

–Es una injusticia, señor –reclamó una voz–. Además, hay alumnos que no han venido a clases e igual les va a tocar una anotación. Es injusto.

–El que lanzó el proyectil fue uno solo y no todos –intercedió otro animado por la intervención de su compañero.

-La anotación es general -reiteró, tajante, el profesor.

Cuando ya se sabía el veredicto de esta acción, constatamos que, ni por respeto al inocente, ninguno de los cuatro caudillos del desorden había abierto la boca, culpándose. Se escuchó, en sordina, el comentario serio de quien menos se esperaba, una tímida alumna recién integrada al curso: "Esta es una decisión de un dictador tercermundista" Sorpresa colectiva. Todos miraron el rostro del profesor. Pareció no haber escuchado. Detuvo su vista sobre el papel y dudando expresó:

-Para todos... menos para Aedo, porque no creo que un alumno sobresaliente y distinguido haya contribuido en faltarle el respeto a su profesor.

Para sorpresa nuestra, Aedo, poniéndose de pie, dijo:

-Señor, por favor, inclúyame en el castigo.

Sonó, en ese preciso instante, la campana. Enmudecimos. Para nuestra sorpresa, el profesor cogió el Libro de Clases y abandonó raudo la sala, sin decir palabra. En algarabía, nos fuimos al patio.